

**Furor de los Judíos contra Jesucristo por causa del título.**

Jesucristo pagó bien caro el título de Rey de los Judíos, que le había dado Pilatos y que no quiso mudar por mas que se lo pidieron. Desde este momento el Señor, pendiente como estaba de la cruz, no oyó sino burlas amargas, injurias atroces y horrendas blasfemias. Ellos le miraban penar y verter sangre con una alegría feroz, propia de bárbaros, criados en las selvas; y en señal del horror que les causaba ver al Señor adornado con el título de Rey, y Rey de los Judíos, sacudían sus cabezas, y encojiendo sus labios, presentaban sus dientes de una manera horrible; cumpliendo así lo que había dicho el profeta: Yo he sido hecho el oprobio de ellos. Viéronme, menearon sus cabezas y hablaron con sus labios. Despues de estos primeros insultos, dirigiéndose al Señor, le decían: He, tú que destruyes el templo de Dios y le reedificas en tres dias, sálvate á tú mismo. Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz,; y hablando unos con otros, se decían: Salvó á otros; pues si es Cristo, el escogido de Dios, sálvese á sí mismo. Á otros salvó, decían los príncipes de los sacerdotes, los escribas y ancianos, burlándose del Señor; á otros salvó, y á sí mismo no se puede salvar. Si es Rey de Jsrael, baje ahora de la cruz, y creerémos en Él. Confió en Dios, pues libréle ahora si le ama; pues que dijo: Hijo soy de Dios. Diez siglos se habían cumplido desde que había dicho David: Esperó en el Señor, libréle y sálvele, pues que le ama. ¡Quién no creería que los enemigos del Señor habían copiado esta profecía de los escritos de David!

**Le tratan los soldados como rey de burla.**

Como los soldados oían dar al Señor por irrisión el nombre de Rey de los Judíos, y leían esto mismo escrito

en el rótulo de la cruz, le insultaban con su reinado, ofreciéndole vinagre con las ceremonias y demostraciones de respeto que los criados ofrecen á los reyes las copas de licores generosos, repitiendo al mismo tiempo: Si eres Rey de los Judíos, sálvate. Esto tambien le echaban en cara los dos ladrones que estaban crucificados á su diestra y siniestra.

**Adorables juicios de Dios.**

Estos dos hombres eran ambos ladrones, ambos igualmente castigados y ambos blasfemaban del Señor, pero... ¡ó profundidad de los juicios de Dios! El uno se convierte en la cruz, y el otro se endurece en ella. El uno bendice, y el otro blasfema; el uno escucha la voz de la gracia, reconoce al Señor, le adora, le pide perdon y defiende su inocencia; mientras que el otro á nada atiende, ni á los prodigios que obra, ni á la mudanza de su compañero, ni á los gritos de su conciencia. Cada vez se endurece mas y cada vez es mas blasfemo. Uno de los ladrones que estaban colgados, dice el Evangelista, blasfemaba del Señor, diciendo: Si tú eres Cristo, sálvate á tí mismo y á nosotros; mas el otro le reprendía: Ni tú temes á Dios, estando en el mismo suplicio; y en verdad que nosotros padecemos justamente, porque recibimos lo que merecen nuestros hechos; pero este ningun mal ha hecho; y decía á Jesus: Señor, acordaos de mí cuando entráreis en vuestro reino. Hoy, le dijo el Señor, serás conmigo en el paraíso.

**Tinieblas por tres horas en toda la tierra.**

Podrían ser como las doce del dia, cuando en esta hora, la mas bella y resplandeciente, sin haber ni una nube en todo el cielo, se había cubierto de tinieblas toda

la tierra. La hora era la misma en que fué crucificado el Señor, porque estuvo tres horas en la cruz y espiró á las tres de la tarde. No eran tan espesas estas tinieblas como las de Egipto, entre las que nada se veía; porque los sucesos que pasaron en el tiempo de la duracion de estas, no podian efectuarse sin alguna claridad; pero no eran ni podian ser efecto de un eclipse natural, ya porque no principiaron ni acabaron por grados, como sucede en los eclipses, sino repentinamente; y ya porque nunca podia estar mas distante de suceder un eclipse de sol que en la luna ó plenilunio, en que se hallaban entonces, y los eclipses de sol no pueden verificarse sino en la luna nueva ó novilunio. Estas tinieblas eran milagrosas, pero atemperadas por el que las enviaba, y debieron parecerse á las de un dia muy oscuro. Acaso creyendo la multitud que se hallaba en un dia oscúrisimo, no se conmovió ni se retiraron los soldados, ni temieron los Judíos, sino que todos, incluso los amigos del Señor, se mantuvieron en el Calvario. María santísima permaneció al pié de la cruz, como una roca en medio de las avenidas de sangre de su amantísimo Hijo. San Juan no se apartó de su lado; y las piadosas discipulas, María Cleofás y María Magdalena se mantuvieron inmóviles á la vista de su divino Maestro.

**Encomienda el Señor su santísima Madre á san Juan.**

Cuando ya estaba para consumarse el sacrificio, mirando el Señor al pié de la cruz á su Madre santísima y á su amado discípulo, dijo á su Madre: Mujer, hé ahí tu hijo. Despues dijo al discípulo: Hé ahí tu Madre, y desde aquella hora el discípulo la recibió por su madre. Aquí el Señor llama mujer á su querida Madre para no aumentar su dolor, llamándola Madre, al quedar sin su querido Hijo. ¡Qué honor para san Juan ser destinado á ocupar el lugar que va á dejar desamparado el Hijo de



Dios con su muerte y á ser el hijo de la santísima Virgen en vez de Jesucristo! ¡Pero qué cambio tan doloroso para la santísima Virgen! ¡Tomar al discípulo en lugar del Maestro! ¡Á Juan en lugar de Jesus! ¡Al hijo del Zebedeo en lugar del Hijo de Dios! Sin embargo, este era el testamento que ordenaba Jesucristo sobre la cruz. Su santísima Madre era su posesion y su herencia, y de esta santísima herencia deja heredero á san Juan. La tomó este heredero fiel por madre, la tuvo siempre en su compañía, ó por mejor decir, mereció vivir en su compañía, la veneró con el profundo respeto que le inspiraba su amor, y la miró como una madre y como una Madre de su divino Maestro. Tambien la santísima Virgen miró á san Juan como hijo, y como hijo donado por Jesucristo y dejado en su lugar. Bien podemos gloriarnos todos los hijos de la Iglesia de haber sido representados en san Juan y quedado entregados al amparo y cariño de esta amantísima Madre; y tambien esta cariñosa Madre de que no ha habido ni habrá un verdadero cristiano que no la profese el mas tierno cariño, el cariño de hijo.

#### Espira el Señor.

Despues de este inestimable don de la Madre, ofrecido á los hombres por el Hijo, parecia que solo restaba que se dirigiese á su eterno Padre y le pidiese que cesase ya en el desamparo en que le habia tenido en su penosísima Pasion, le fortaleciese y diese fuerzas para entregar su alma en sus manos. Llegaban las tres de la tarde, y la hora de su tránsito, y entonces exclamó el Señor con una voz grande: *Eli, Eli, lama sabachani*, que quiere decir: *Dios mio, Dios mio, ¿porqué me has desamparado?* Creyeron algunos de los que estaban allí que llamaba á Elías, porque no entendian estas palabras *Eli, Eli*, que estaban escritas en siríaco, y dijeron: Espere-mos á ver si viene Elías á librarle. Sabiendo el Señor que

todas las cosas estaban ya cumplidas, para que se cumpliera la Escritura, dijo : Sed tengo. Habia allí un vaso lleno de vinagre, y corriendo uno de los circunstantes, tomó una esponja, la empapó en el vinagre, y atándola á la punta de una larga caña, le daba á beber. No encontró este hombre agua para refrigerar al Señor, ni vino para confortarle, sino vinagre para atormentale, ó mas bien para cumplir la profecía de David, que decia : Y en mi sed me dieron á beber vinagre. Habiendo tomado Jesus el vinagre, dijo : Padre mio, en vuestras manos entrego mi espíritu ; y diciendo esto, inclinó su divina cabeza y espiró.

#### Consideracion y súplica.

Consumóse, en fin, la obra de la redencion ; pero ¿ á cuánta costa ? Tú lo has visto, lector cristiano y piadoso. Recuerda los pasos de tu Redentor desde que suda sangre en el huerto hasta que espira en la cruz. ¡ Cuántos vituperios ! ¡ Cuántas burlas ! ¡ Cuántas afrentas ! ¡ Cuántos dolores ! ¡ Cuántos tormentos ! ¡ Cuántas congojas ! ¡ Cuánta sangre, hasta que se agota el manantial en el Calvario ! ¡ Ó pecado ! ¡ Ó mancha del pecado, que no se borra sino con la sangre, con toda la sangre de un hombre Dios ! ¡ Ó mi adorado Jesus ! ¡ Mi querido Redentor ! ¡ Ó Dios de mi corazón ! ¡ Yo me uno á vos en el camino del Calvario ! ¡ Yo voy con vos al monte del sacrificio ! ¡ Yo me pongo al pié de vuestra cruz á recibir sobre mi pecadora cabeza vuestra misericordiosísima sangre ! ¡ Yo me aflijo, yo lloro al veros espirar ! ¡ Y ojalá que yo espirase con vos en ella ! ¡ Ó mi piadoso Jesus ! ¡ Concededme un corazón tan compadecido de vuestras penas, como arrepentido de mis pecados que fueron la causa de ellas ! ¡ Un corazón afligido por vuestros trabajos, agradecido á vuestros dolores y abrasado en vuestro amor ! ¡ Virgen misericordiosísima ! ¡ Mi Madre

querida ! ¡ Alcanzadme de vuestro piadosísimo Hijo estas gracias ! Alcanzadlas tambien para todos los hijos que vuestro divino Hijo os encomendó en la cruz.

#### Prodigios en la muerte del Señor.

Eran las tres de la tarde cuando debia ser sacrificado el cordero pascual, y cuando espiró el Cordero divino en la cruz. En este momento el orbe se estremece ; se oscurece el sol ; el velo del templo se rompe y divide de alto á bajo ; el *Sancta Sanctorum* ó Santo de los santos, cerrado por tantos siglos, quedo manifiesto ; las piedras se parten ; la tierra tiembla ; los sepulcros se abren... toda la naturaleza gime y manifiesta su sentimiento en la muerte de su Criador.

#### Dureza de la sinagoga.

Tantos y tan asombrosos portentos, obrados en el momento de la muerte del Señor, debieran convertir los corazones de todos los que los presenciaban ; pero hay almas tan endurecidas que nada las ablanda. Para convertirse, particularmente un incrédulo, es necesaria la humildad del corazón y la bondad del entendimiento, y estas virtudes no eran comunes en los Judíos, y menos en los principales miembros de la sinagoga. Soberbios y ya muy empeñados, nada era capaz de hacerles volver atrás. Los prodigios que no podian negar, los explicaban con blasfemias contra el Espíritu Santo, y el ascendiente que habian tomado sobre el pueblo, le empleaban en desacreditarlos.

#### Conversion del centurion.

Sin embargo, no todos los testigos de los portentos del Calvario fueron insensibles. El centurion, cuando oyó el fuerte clamor con que Jesucristo acompañó su último suspiro, y sintió temblar la tierra bajo de sus piés; cuando vió partirse las piedras y abrirse los sepulcros, con todos los demás prodigios que se obraban en la muerte del Señor; sobrecogido de un horror santo, adoró los impenetrables juicios de Dios, que había permitido las humillaciones, los tormentos y la muerte del Justo; y dió testimonio de la verdad, exclamando: Verdaderamente este era el Hijo de Dios. Lo mismo confesaron los soldados, y en verdad que la confesion de estos paganos, al tiempo que era un anuncio muy favorable para el gentilismo, era tambien una profecía muy funesta para la sinagoga, pues manifestaba que los gentiles, que estaban sentados en las sombras de la muerte, se dejaban penetrar de la luz, mientras que los Judíos, hijos de la luz, cerraban los ojos para no verla.

#### Arrepentidos en el Calvario.

Trabajaban los principales enemigos de Jesucristo en inutilizar las consecuencias que podrian seguirse de estos nuevos portentos; pero no lograron impedir que una parte del pueblo se declarase en favor del Inocente que acababa de espirar en la cruz. El concurso era grande, y por la mayor parte se componia de los que habian gritado en la plaza del pretorio: Que se nos quite de delante á Jesus; que sea crucificado; que caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos; y que sin moverse ni compadecerse, habian visto correr su sangre divina. Con todo eso fué muy provechoso á gran parte de ellos haber ido al Calvario y haberlo visto todo. Tantos prodigios,

obrados en aquel monte santo, ganaron á favor de Jesus á todos aquellos, cuyo corazon no estaba corrompido y que no habian sido crueles, sino por la sorpresa de los que los gobernaban. Asustados ahora al ver tantos portentos y tantas señales de la ira del Cielo, oscurecido el sol, en tinieblas la tierra, temblando el suelo que pisan, haciéndose pedazos las piedras, abriéndose los sepulcros... al ver tantas señales de las venganzas que va á tomar el eterno Padre de la muerte de su santísimo Hijo, huyen del Calvario y se vuelven á sus casas, hiriendo sus pechos y pidiendo misericordia.

#### Quiebran los soldados las piernas de los ladrones y dan una lanzada al Señor.

Sin inquietud los ministros de la sinagoga sobre el horror del deicidio que acababan de cometer, y muy cuidadosos de preparar todo lo que pedia la celebracion de la Pascua, y de retirar cuanto pudiese profanarla, acudieron que mandase quebrar las piernas de los crucificados para que muriesen, quedase tiempo bastante para quitar los cuerpos de las cruces y no estuviesen colgados en ellas en un dia, tanto mas solemne, cuanto concurrían en él este año las fiestas de la Pascua y la del sábado. Pilatos se lo concedió, y luego vinieron al Calvario los soldados y quebraron las piernas de los dos ladrones; mas cuando vinieron á Jesus, y le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas; pero uno de los soldados le abrió con una profunda lanzada el costado (derecho) y luego salió de él sangre y agua.

Todo era divino en estos sucesos. Los soldados llevaban la órden de quebrar las piernas de los tres crucificados, y aunque hubiese muerto el Señor, no estaba, en su facultad, ni era este un motivo para dejar de cumplirla, tanto menos, cuanto debia serles menos repugnante, si no eran enteramente insensibles, quebrarlas al

muerto que á los vivos; pero era preciso que se cumplierse aquí lo que habia dicho Moises, hablando del cordero pascual: *No quebrantaréis alguno de sus huesos.* Dios lo habia mandado así, y habia querido que esto se observase siempre en aquel cordero, para que se cumplierse ahora en Jesucristo, Cordero de Dios representado en aquel. Tambien era contra la órden, ó á lo menos fuera de ella, que uno de los soldados abriese con un golpe de lanza el sagrado costado del Señor; pero tambien era preciso que se cumplierse otro texto de la sagrada Escritura, que decia, hablando de los Judíos: *Miraron al que traspasaron.* Dios además permitió esta profunda lanzada en la parte mas vital del hombre, para que no quedase duda alguna de la muerte del Señor, y para que saliese de su amante corazon la sangre y el agua con que habia de redimir y lavar las almas de la mancha del pecado; porque en sentir de muchos santos Padres con san Agustin, del costado abierto del Señor manaron dos Sacramentos muy principales para la salvacion del hombre; el de la Eucaristía en la sangre, y el del Bautismo en el agua.

**José de Arimatea viene á enterrar el sagrado cadáver.**

Mientras que los soldados quebraban las piernas de los dos ladrones, y uno de ellos abria el costado de Jesucristo ya difunto, José, natural de Arimatea, ciudad distante cinco á seis leguas de Jerusalem, varon bueno y justo, noble y distinguido senador del sanedrin, y que no habia consentido, ni en su consejo, ni en sus actos contra el Señor, porque era discípulo de Jesucristo, aunque oculto hasta ahora, y uno de los que esperaban el reino de Dios... José, este noble discípulo, luego que vió espirar á su querido Maestro, vino á Jerusalem, entró animosamente á Pilatos, y le pidió el cuerpo del Señor. Pilatos se admiró de que ya hubiese muerto, y llamando



al oficial de la guardia, le preguntó si había ya muerto; y luego que supo que ya había espirado, mandó que se le entregasen. José en el momento que consiguió esta licencia, se volvió presuroso al Calvario á dar honrosa sepultura al sagrado cadáver.

**Trae Nicodemo como cien libras de mirra y acibar para embalsamarle.**

La muerte del Señor iba juntando, al parecer, cerea de sí á los que había dispersado el temor y hecho que no se atreviesen á llegarse á Él, durante su vida. Nicodemo, Judío tambien de nacimiento, príncipe de los fariseos, maestro en Israel y miembro como José del sanedrín... Aquel Nicodemo que había ido de noche á consultar al Señor; que había tenido con el divino Maestro una larga conferencia; que desde entonces se había hecho su discípulo, aunque sin manifestarse; y que defendió animosamente su inocencia en uno de sus grandes consejos; vino entonces al Calvario, trayendo como unas cien libras de mixtura de mirra y acibar para embalsamar el cuerpo del Señor.

José y Nicodemo desclavaron el sagrado cadáver, le bajaron de la cruz y le entregaron á su santísima Madre, que le esperaba al pié de la cruz con los brazos abiertos para estrecharle en su seno. Lo que pasó aquí en el corazón de la Virgen, solo esta santísima Madre podría explicarlo. Acaso nunca la espada, que la anunció Simeon, penetró mas hondamente su maternal corazón. Los piadosos varones volvieron á tomar el sagrado cadáver de los brazos de su querida Madre para amortajarle.

Hemos dicho que trajo Nicodemo al Calvario como cien libras de una mixtura de mirra y acibar. Esta cantidad ha parecido á algunos muy excesiva para embalsamar un solo cadáver, y así se presenta á primera vista;

pero es necesario saber, que esta mixtura, no solo servia para *conservar*, sino que, siendo aromática, servia tambien para *sahumar*, por la fragancia que despedia, y que pudo servir ahora para embalsamar el sagrado cadáver, sahumarle cuando le llevaban á enterrar, y sahumar tambien su monumento, esto es, la bóveda y el sepulcro. Embalsamado cumplidamente el sagrado cadáver, le envolvieron en una sábana nueva, que habia comprado el piadoso José; cubrieron su divino rostro con un pedazo de lienzo, que llamaban *sudario*, y fajaron todo el cuerpo, envuelto ya en la sábana, con un ancho vendaje. Es de advertir que tanto la sábana como todos los lienzos habian sido empapados antes en el mismo bálsamo que habia servido para embalsamar el cuerpo del Señor, porque este era el modo con que los Judíos acostumbraban preparar para la sepultura los cadáveres de las personas principales, y así no es extraño que se necesitase una gran cantidad para embalsamar todas estas cosas, y que Nicodemo se previniese de cien libras de unguento para embalsamar, abundantemente y sobre todo, el cuerpo del Señor.

#### Santo sepulcro.

Faltaba aun el sepulcro en que fuese enterrado, pero habia á ciento y ocho piés ó treinta y seis veras de distancia un huerto y en él un sepulcro nuevo, que José habia mandado abrir en una peña para su enterramiento y el de su familia; y que el eterno Padre habia destinado para el enterramiento de su santísimo Hijo. Mas como no hay cosa en la historia de Jesucristo, segun dejamos dicho, que aun bajo de las apariencias más comunes no encierre prodigios, también lo fué que este sepulcro, donde habia de ser enterrado el Señor, estuviese cavado en una peña y no se hubiese enterrado todavía en él persona alguna, para que no se pudiese

decir que no era el Señor, sino otro el que salia vivo de su sepulcro. Amortajado el Señor, José y Nicodemo le llevaron al huerto y le pusieron en la sepultura, colocando la cabeza al occidente, para que quedase mirando al oriente, que era la parte del mundo que los Israelitas miraban con predileccion, porque del oriente habia de venir, ó por mejor decir, habia ya venido la misteriosa estrella de Jacob. Los dos piadosos varones cerraron la entrada del sepulcro con una gran piedra, y concluido este honrosísimo ministerio, que les envidiarían los ángeles, si fueran capaces de envidia, se retiraron, llenos de pena, por dejar en un sepulcro á su querido Maestro, y de consuelo, porque esperaban verle luego resucitado de entre los muertos, segun su promesa. En todas estas santísimas ocupaciones habian seguido á José y Nicodemo aquellas piadosas mujeres que vinieron con el Señor de la Galilea, y no se volvieron del huerto hasta ver el sepulcro y el modo con que quedaba colocado el sagrado cadáver; pero María Magdalena, y María, madre de Santiago el Menor, no solamente habian seguido á José y Nicodemo, como las demás mujeres, y estado atentas como ellas á todo lo que se hacia, sino que, cuando todos se retiraron; ellas se quedaron sentadas enfrente del sepulcro, y estando allí pensando en el Señor, las ocurrió que, aun cuando Nicodemo habia llevado cerca de cien libras de mirra y acibar para embalsamar el sagrado cadáver, debian ungrle tambien ellas, no con mayor cantidad de aromas, sino con aromas más preciosas, y para esto se volvieron luego á la ciudad y compraron unguentos muy exquisitos; pero cuando andaban más fatigadas en preparar todo lo necesario para ejecutar este segundo embalsamamiento, llegó la hora en que debia principiarse la santificacion de la Pascua, y quedaron en la quietud que mandaba la ley, esperando con una santa impaciencia que pasase la festividad para acabar de hacer sus prevenciones.



**Piden los Judíos á Pilatos que mande guardar el sepulcro.**

Concluido el viérnes, en que habia muerto el Señor, al principiar el sábado que era luego que se ponía el sol y se veían en cielo sereno á lo menos tres estrellas, los príncipes de los sacerdotes y los fariseos acudieron juntos á Pilatos, diciendo: Señor, nos acordamos que aquel impostor (tal era el nombre que daban al que era la verdad por esencia), nos acordamos que dijo, cuando todavía estaba en vida: Despues de tres dias resucitaré. Manda, pues, que se guarde el sepulcro hasta que pase el dia tercero, no sea que vayan sus discípulos de noche, le roben y digan á la plebe: Resucitó de entre los muertos, porque este segundo error será peor que el primero. Guardia teneis, les dijo Pilatos. Id y guardadle como sabeis.

En efecto, los Judíos tenían una compañía para guardar el templo, y permitió Dios, segun la reflexion de san Juan Crisóstomo, que Pilatos no quisiese dar sus soldados para guardar el sepulcro, porque entonces habrían dicho los Judíos cuando hubiese resucitado, que los soldados gentiles se habian concertado con los discípulos de Jesucristo y les habian entregado su cuerpo. Eran por otra parte bien inútiles tantos cuidados, porque si Jesucristo resucitaba, no quedaba mas arbitrio que reconocerle como á su verdadero Mesías, y si no resucitaba, los apóstoles no eran capaces de suponer, á costa de su vida, la resurreccion de un hombre que les hubiese engañado. Su timidez se vió en el tiempo de la Pasion, en la que todos huyeron, y en su resurreccion se verá, que si eran medrosos, tampoco eran crédulos. No se fiaron del dicho de Magdalena, aunque era una mujer de tanto crédito, y apenas pudieron creer á su Majestad cuando vieron resucitado delante de sus ojos; pero la sinagoga tiembla solo con pensar que puede ver destruida la obra de su iniquidad por los discípulos de aquel Inocente á

quien habian quitado tan injusta y atrozmente la vida; y el Señor quiere poner la obra de su inmensa misericordia á cubierto de todos los tiros de la incredulidad.

**Contribuyen á asegurar la resurreccion del Señor.**

No dejaron cosa por hacer los Judíos para asegurarse contra lo que ellos llamaban sorpresa de los discípulos, y acaso nunca contribuyeron mejor á asegurar la obra de Dios. Primero registraron si estaba el Señor en el sepulcro. Diligencia prematura; pues Jesucristo les habia dicho que resucitaria al tercero dia, y era inútil cuanto se practicase para averiguar su resurreccion antes de dicho dia. Luego volvieron á poner la piedra que le cerreba, y la sellaron con el sello público, y últimamente pusieron guardas de su nacion y confianza para que le custodiasen. Todas estas precauciones eran otros tantos testigos de su resurreccion, si esta se verificaba, y no podia quedar el mas remoto motivo para decir que los discípulos le habian robado. Sin embargo este fué el único arbitrio que les quedó para negarla, como veremos despues; pero si Jerusalem aparenta dejarse engañar, la relacion sincera de los hechos basta para dar á conocer á todo el mundo la verdad de la resurreccion, y la poca vergüenza con que la sinagoga se valió de las mentiras mas groseras para negarla.

**Dias de su sepultura.**

Jesucristo habia muerto á las tres de la tarde del viérnes, y su sagrado cadáver fué puesto en el sepulcro cerca de las seis del mismo dia, esto es, poco antes de principiar las fiestas del sábado y de la Pascua. En él permaneció hasta la media noche, y *este fué el primer dia de su sepultura*, contando la parte por el todo, segun uso